



¿Que la escuela entre a la casa? Jamás.

Por Magdalena Torres, psicóloga, Universidad Central.
Magíster en Psicología Educacional, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Profesional Valoras UC

¿Que la escuela entre a la casa? Jamás, diría Felipe, personaje de “la Mafalda”. Inaceptable para los niños y adolescentes que querían hacer un corte notorio entre una cosa y la otra, que tenían su mundo personal paralelo de descanso, juego y espacio propio. Inaceptable también era para las familias, las que llevaban a sus hijos/as a la escuela, para que ocurra allá la magia del aprendizaje. Y sin embargo, hubo que dar vuelta los cánones tradicionales y las responsabilidades se movieron, los momentos y los espacios se giraron en 180º para hacer de la casa una pequeña escuela. ¿Quién lo habría imaginado?

Las mamás y los papás comenzaron a tener una presencia mayor con sus hijos/as y casi ser los/las profesores/as en la casa. Claro, una podría preguntarse si a los profesores les gustó o no ello, pero lo cierto es que en el transcurso de estos dos años escuchamos a varios profesores y profesoras redescubriendo a la familia de sus estudiantes, comprendiendo situaciones familiares con alta flexibilidad, aceptando las dudas, preguntas y confusiones de ellos con altura de miras, aceptando incluso (especialmente al principio de la pandemia) que la comunicación fuese tan fluida como espontánea en distintos horarios, dado que era muy necesario saber estar presente, y por lo mismo estuvieron conscientemente sensibles a los problemas que emanaron con el encierro.

Escuchamos profesores que habían recibido reconocimiento y agradecimiento –por parte de los apoderados/as- como nunca y que se sentían vistos y valorados en su rol educativo. Otros docentes relataban acerca de la necesaria buena relación a tener con las madres y padres, basada en la confianza y la buena comunicación.

Como el dicho dice “en los momentos difíciles se aprecian las personas”, y en esta relación familia escuela, la pandemia ha sido un período de mutuo descubrimiento, aprecio, valoración y agradecimiento. ¿Cómo lograr el aprendizaje remoto sin una madre, padre, hermano/a o adulto significativo presente? ¿Cómo apreciar el estado emocional de los/las estudiantes que desconectaron cámaras y casi no participaron en clases? ¿Cómo saber del modo de aprendizaje del/a alumno/a y su real vinculación con ello en la casa? Mucho de ello se supo a través de sus madres, padres, apoderados en conversaciones que hicieron puentes reales de ayuda a los alumnos/as.



Al volver ahora a la presencialidad, se plantea cómo continuar con esta relación de confianza, valoración mutua y comunicación fluida. Así como las familias abrieron sus casas y asumieron roles distintos (no exentos de dificultades), ¿cómo se recibirán a estos apoderados? ¿Que esperen en la entrada y pidan hora para conversar y/o sigan el protocolo para conducir sus necesidades? O podríamos permitir que entren a la escuela, conversen espontáneamente, tengan encuentros cercanos y directos con quienes requieran. ¿Los apoderados vendrán a las reuniones de curso sólo a escuchar, recibir información? O se les podría invitar a participar, opinar, preguntar, compartir sobre lo que les ha ocurrido.

Solo estos dos aspectos mencionados dan pistas del desafío actual de modificar la relación escuela familia pre-pandemia: ¿cómo mantener la buena comunicación basada en la confianza si se vuelve a la relación anterior de distancia y resguardo?

Crecer, madurar, tiene algo de adaptarse a los cambios, pero con modificaciones que hacen del estado presente una mejor posición de la situación anterior; que incorporan aspectos del desafío atravesado para mejor comprender los nuevos obstáculos a atravesar.

Volver a clases nos plantea un nuevo momento de incertidumbre (y que ojalá no venga acompañado de ansiedad, sino con calma y sapiencia) y parece que su antídoto es la confianza: confianza en lo vivido, en rescatar los aprendizajes de lo atravesado, confianza en haber salido-mirado-enfrentado cara a cara la vulnerabilidad personal, familiar y social incluso; confianza en que se han y están descubriendo caminos, se han generado respuestas, las personas han logrado sacar lo mejor de sí mismas y se busca activamente una solución.

Podríamos decir que las madres, padres y apoderadas han podido estar, disfrutar, enojarse, frustrarse y estar nuevamente con sus hijos/as; mirarlos en una nueva dimensión, aprender a verlos en su dificultad y soledad; los profesores/as, por otro lado, han captado esa ansiedad vulnerable y se han ofrecido de apoyo activo movilizando distintos mecanismos de ayuda; los/as alumnos/as, sin saberlo, estuvieron protegidos y serán cuidados pese a cualquier otra calamidad.

Ello porque profesores y familia supieron creer mutuamente en los otros y refundar la confianza, abrirse, ofrecer y recibir ayuda, comprenderse en los momentos difíciles, y sentirse “partners”, compañeros de camino.

La pandemia reveló en terreno lo que dice muchas investigaciones: que cuando la familia y la escuela trabajan unidas bajo relaciones de confianza, coordinación y buen trato les ayuda a los estudiantes a fortalecer capacidades emocionales, académicas y mejora su desempeño escolar.

Activar esta relación y sostenerla viene a ser un desafío prioritario para dar continuidad lógica y emocional al proceso que atraviesan los estudiantes, siguiendo el proceso de protección y cuidado de la salud mental en pos de la sociedad que anhelamos construir.